

RESEÑAS

MIGUEL, ELENA DE, FERNÁNDEZ LAGUNILLA, MARINA Y CARTONI, FLAVIA (eds.),
Sobre el lenguaje: miradas plurales y singulares, Madrid, UAM - Arrecife,
1999, 160 págs.

Sobre el lenguaje: miradas plurales y singulares presenta una recopilación de diferentes trabajos de carácter científico sobre la lengua española que, al ser recogidos en un solo libro, proporcionan al lector una visión abarcadora de lo que es el estudio del lenguaje: las diferentes perspectivas desde las que se puede estudiar la lengua.

En el primer artículo de este libro, Anula presenta un completo trabajo sobre una de las herramientas del estudio del lenguaje: los datos lingüísticos, base de estudio del sistema mental interno del que los hablantes no tienen conciencia explícita y que deben ser, como argumenta el autor, concebidos como la conducta manifiesta que usará el lingüista para encontrar los principios del lenguaje que se ocultan tras éste. Así por ejemplo, en «El papel del español como lengua materna en la adquisición del italiano como L2. La secuencia de desarrollo de los pronombres personales», Milena Bini, para demostrar empíricamente en qué medida influye el español como lengua materna en el proceso de aprendizaje del italiano, usa datos reales: enunciados producidos por un grupo de estudiantes españoles a lo largo de dos años, eligiendo como punto de focalización el sistema pronominal italiano. En su investigación observa la evolución y el desarrollo de su aprendizaje, confirmando la teoría de que, en el proceso de adquisición de una L2, la lengua materna ejerce un papel muy importante, pero dirigido por los universales lingüísticos. También Serena Ambroso emplea un corpus de datos tomados de su experiencia docente en «Descripción de los errores léxicos de los hispanohablantes: análisis de la producción escrita de IT, el certificado de competencia general en italiano como L2». En su estudio, Ambroso demuestra que a medida que la competencia lingüística de un estudiante de L2 avanza, disminuyen los errores de tipo morfosintáctico, y en las fases más avanzadas, si comete algún error, será de tipo léxico; pues como defiende la autora, con respecto a las reglas gramaticales, más estables y definidas, el léxico es la competencia más difícil de adquirir.

En el campo de los estudios sobre el bilingüismo, con aplicaciones a la didáctica, se sitúa el trabajo de Flavia Cartoni «Vivir con dos lenguas o entre dos len-

guas», en el que la autora reflexiona sobre el binomio lengua-cultura y la posibilidad de poder desenvolverse en un mundo doble en cuanto a referencias culturales y lingüísticas. La autora se centra en el bilingüismo español-italiano, en las dificultades e inconvenientes de dominar dos lenguas tipológicamente similares, señalando los casos más comunes de confusión entre las dos: «las trampas» que el estudiante debe evitar, entre las que se encuentran por ejemplo los «falsos amigos», los verbos con régimen preposicional diferente o la fraseología. La autora argumenta la idea de que la mejor estrategia para la enseñanza y aprendizaje de estas lenguas es presentar explícitamente las convergencias e insistir en la diferencias, ya sean éstas gramaticales, léxicas, morfológicas, sintácticas o pragmáticas.

Gran parte del artículo de Anula está dedicado a la búsqueda de la relevancia de los datos, para lo que examina detenidamente la naturaleza de los diferentes datos, el valor que pueden adquirir en un estudio determinado y las ventajas e inconvenientes de los diversos tipos de corpus que puede manejar el estudioso de la lengua. El mejor ejemplo en torno a la conveniencia de unos datos frente a otros la encontramos en el artículo «Dos perspectivas en el estudio de los marcadores del discurso», donde Portolés, en respuesta a Llorente 1996, defiende la utilización de datos de distinta procedencia para el estudio de los marcadores del discurso y ejemplifica muy acertadamente la utilidad de usar también datos por introspección, pues, como explica el autor, una de las mayores contribuciones de la Gramática Generativa a la historia de la lingüística ha sido mostrar el valor de lo que no se puede decir, de lo agramatical, como medio de descripción de las unidades lingüísticas. Portolés además defiende la pertinencia de la gramática en el análisis de los marcadores del discurso y analiza el concepto de conversación, para lo que repasa las diferentes corrientes que desde los años 60 se han ocupado de este espinoso y controvertido asunto.

En «La creación de unidades morfológicas» de Javier Elvira, podemos encontrar numerosos ejemplos de la metodología que sigue la historia de la lengua, disciplina en la que el lingüista se ve obligado a recomponer estadios históricos de algunas palabras de las que no ha quedado ningún testimonio escrito. Este trabajo, además, muestra al lector que las diferentes ciencias lingüísticas no son totalmente independientes unas de otras (son miradas singulares que forman una plural: la lengua), pues Elvira demuestra que los procesos fonológicos influyen en lo morfológico, pero la morfología puede frenar, cambiar o reinterpretar modificaciones del sistema lingüístico producidas por la evolución fonológica; para ello, Elvira ofrece numerosos ejemplos de los cambios sufridos en el sistema morfológico del latín en su evolución al español. Otro ejemplo de la interdependencia entre las diversas disciplinas de la lingüística es el estudio «La interfaz léxico-sintaxis: el clítico culminativo», donde sus autoras, Marina Fernández Lagunilla y Elena de Miguel, proponen una interesante clasificación aspectual de los verbos españoles que explicaría la distribución del pronombre clítico culminativo (*me, te, se, nos, os, se*) de verbos

como *morir(se)*, *beber(se)* o *salir(se)*. De Miguel y Lagunilla se basan en la idea de que los predicados verbales no constituyen entidades atómicas, sino que se pueden descomponer en diferentes fases o no descomponerse. En el primer caso, las distintas fases del evento se pueden focalizar mediante una serie de operadores aspectuales, entre los que, según las autoras, se encontraría el pronombre clítico. Para su análisis, las autoras modifican la estructura subeventiva propuesta por Pustejovsky 1991/1995, proponiendo 8 tipos de predicados según su subestructura eventiva.

Como señalan las editoras en el prólogo, la parcelación en áreas de saber de la lingüística, como recurso metodológico de estudio, produce diferentes trabajos, singulares, que puede alterar la compleja naturaleza del lenguaje. El libro aúna diversas perspectivas, dando una visión múltiple o plural, como indica el título, de las diferentes focalizaciones desde las que se puede abordar el estudio de la lengua. De hecho, en el quinto título «Retórica en sociedad: entre la literatura y la acción política en el arte del lenguaje», Tomás Albaladejo aborda el estudio del lenguaje no sólo como vehículo de comunicación, sino también como instrumento para influir en el receptor. Siguiendo la clasificación aristotélica de los géneros de la Retórica, el autor divide los discursos de carácter político en epidícticos y deliberativos y, valiéndose de las características de la novela, analizadas por Mijail Bajtin, ofrece una interesantísima reflexión sobre los discursos políticos deliberativos que, como argumenta Albaladejo, al igual que la novela, reproducen la organización social e ideológica del mundo.

ENRIQUETA PÉREZ VÁZQUEZ
perez@sns.it

REVERT SANZ, VICENTE, *Entonación y variación geográfica en el español de América*, Valencia, Anejo nº 14 de Cuadernos de Filología, 2001, 96 págs.

Como señala Antonio Hidalgo en el prólogo del libro que reseñamos, este trabajo presenta un interés doble: por una parte constituye una aportación importante a los estudios sobre la entonación del español y, por otra, su ámbito de estudio es el del español hablado en América. Los estudios sobre entonación siguen siendo insuficientes en nuestra lengua, pues estamos todavía muy lejos de poseer descripciones de carácter exhaustivo que nos permitan dibujar un panorama global del funcionamiento de los rasgos entonativos del español. Por lo tanto, un trabajo como el presente, que constituye una contribución al conocimiento de la entonación, es muy bien recibido en el marco de los estudios sobre la fonética de dicha lengua. Y, si así puede decirse, el trabajo es todavía mejor recibido porque su ámbito de estudio no es el español peninsular sino la lengua española hablada en América, sobre la cual existen todavía menos estudios que sobre las variantes de España. La base del pre-

sente libro es el Trabajo de Investigación del Doctorado en Lengua Española cursado por su autor y está organizado en dos grandes bloques: uno dedicado a «La entonación dialectal» y otro dedicado a «Los valores de la entonación en las variantes hispanoamericanas del español».

En el capítulo dedicado a «La entonación dialectal» Vicente Revert realiza, al comienzo, una serie de consideraciones sobre el estudio de la entonación dialectal. Así, presenta las teorías y métodos tradicionales del estudio de la entonación: el sistema de niveles, el sistema de configuraciones, los diversos sistemas de notación, etc. Ello le permite poner de manifiesto la complejidad del estudio de la entonación que debe prestar atención a diversos aspectos de los enunciados: a la distribución acentual, a los niveles tonales, a la dirección tonemática y, de manera global, a la variación dialectal. Tras estas observaciones el autor se concentra en la presentación del modelo autosegmental, aplicado al español por J. M. Sosa en un trabajo de 1999 (*La entonación del español. Su estructura fónica, variabilidad y dialectología*). Para Vicente Revert, la fonología autosegmental constituye la perspectiva teórica que mejor puede dar cuenta del funcionamiento de la entonación en toda su complejidad y sigue a J. M. Sosa cuando éste postula la existencia, en el sistema abstracto de las representaciones subyacentes, de dos tonos, un «tono alto» y un «tono bajo», que integran varios elementos configuradores del grupo melódico: los «acentos tonales» y los «tonos de juntura», que se representan con marcas diacríticas específicas. Los acentos tonales tienen la capacidad de describir todas las secuencias tonales y patrones entonativos del español asociados a las sílabas prominentes del discurso. Los contornos terminales de los grupos («tonemas») pueden también describirse mediante los mismos acentos tonales, con la ayuda de un tono extra, el tono de juntura, el cual está al mismo nivel que los acentos tonales en la representación abstracta y explica el comportamiento del tono en las sílabas de los márgenes fónicos. Por último, el «pretonema» está constituido por el conjunto de sílabas métricamente fuertes asociadas a acentos tonales anteriores al núcleo o tonema (págs. 17-18). El autor sigue igualmente a J.M. Sosa cuando éste trata de establecer el inventario de los acentos tonales necesarios para generar todos los contornos entonativos, finales y no finales, del español (págs. 18-20).

Presentado el modelo de J.M. Sosa, V. Revert resume, de manera clásica, las funciones de la entonación (lingüística, sociolingüística y expresiva y/o pragmática) para pasar a continuación a la comparación interdialectal, marco en el cual el autor pone de relieve la complejidad que representa el estudio de la variación entonativa dialectal, que es mucho mayor, cualitativa y cuantitativamente, que la que afecta a los sonidos. Como conclusión de este primer gran apartado de su libro, V. Revert postula que el modelo autosegmental, desarrollado por J.M. Sosa para el español, permite aprehender la variación entonativa dialectal mediante la recuperación de la distinción entre lo fonético y lo fonológico en el estudio de la entonación. De esta forma, y desde dicha perspectiva, muchas de las diferencias que existen entre los

dialectos del español habría que interpretarlas en términos fonéticos porque están relacionadas con las realizaciones de los mismos patrones subyacentes (págs. 44-45). No obstante, concluye V. Revert, las principales divergencias serían de carácter fonológico, es decir, referidas a la estructura tonal subyacente, y de ahí la importancia de delimitar y describir los tipos de grupos melódicos en los que se producen estas diferencias fonéticas y fonológicas (págs. 44-45).

Siempre es discutible la elección de un determinado modelo explicativo para dar cuenta de un fenómeno lingüístico. La propia naturaleza de los modelos nos enseña que éstos son siempre modificables, mejorables y, por tanto, perecederos. En el momento en que se elabore un modelo que dé cumplida cuenta de un fenómeno determinado se habrá conseguido entender dicho fenómeno desde todos los puntos de vista y, desde luego, en el terreno de la entonación se está todavía muy lejos de llegar a este ideal. Ello significa que la fonología autosegmental, como postula V. Revert, puede contribuir a explicar muchos aspectos de los fenómenos entonativos, pero que, igual que cualquier otro modelo, presenta una serie de ventajas y una serie de inconvenientes a la hora de interpretar los fenómenos lingüísticos.

El segundo gran bloque de la obra lo constituye, como ya hemos señalado, el apartado que lleva por título «Los estudios experimentales sobre la entonación del español de América». En esta parte del libro, muy bien organizada, el autor presenta, utilizando un criterio de carácter geográfico, las aportaciones bibliográficas más importantes realizadas al estudio de la entonación del español de América. Señala, además, V. Revert que se pueden establecer dos momentos cronológicos diferenciados en lo que respecta a los estudios en dicho campo: una primera etapa en la que los autores ofrecen impresiones esporádicas y asistemáticas sobre la entonación, que se encuentran en trabajos sobre elementos fonéticos segmentales, tratándose, en todos los casos, de breves referencias; y una segunda etapa, conformada por los trabajos de Fontanella de Weinberg sobre Argentina, de Kvavik sobre México, de Urrutia sobre Chile y de García Riverón sobre Cuba, que están ya centrados en la entonación y que se han realizado con gran rigor metodológico y exhaustividad. Como ya hemos señalado, V. Revert realiza su presentación bibliográfica organizada por países y da cuenta de los principales estudios publicados sobre cada una de las variantes del español de América. Dicha presentación confirma la división de los trabajos en dos etapas y muestra también muy claramente que, mientras existe una importante bibliografía sobre Cuba, Venezuela, Colombia, México, Argentina y Chile, la situación es muy distinta y, por tanto, los fenómenos entonativos son muy poco conocidos para países como Bolivia o Ecuador. Los comentarios que realiza V. Revert sobre la bibliografía que presenta son de carácter crítico, por lo que constituyen una buena guía orientativa en la selva bibliográfica que tiene por objetivo organizar.

En las conclusiones, el autor realiza un breve resumen de su trabajo y vuelve a defender la perspectiva autosegmental (en la formulación de J.M. Sosa) como posi-

ble modelo explicativo de los fenómenos entonativos. Por nuestra parte, ya hemos mencionado anteriormente cuán discutible resulta siempre la elección de un modelo que, como cualquier otro, tiene sus defensores y sus detractores. Queremos acabar, no obstante, volviendo a subrayar lo que es, a nuestro juicio, lo más importante de este libro: su segunda mitad, la dedicada a la presentación crítica de la bibliografía publicada sobre la entonación del español de América, que, amén de estar muy bien organizada y comentada, resulta de gran utilidad para todos aquellos que se interesan por este aspecto de las lenguas tan complejo y tan sujeto a variación.

DOLORS POCH OLIVÉ
Universidad Autónoma de Barcelona

VERSCHUEREN, JEF, *Para Entender la Pragmática*, Madrid, Gredos, 2002, 446 págs. (Traducción de E. Baena y M. Lacorte).

Este libro se presenta principalmente como manual introductorio a la teoría pragmática, aunque también está dirigido a investigadores, ya que persigue hacer una contribución teórica innovadora a la disciplina. ¿Qué aporta este trabajo a los manuales ya existentes? Según su autor, una superación de la pragmática «tradicional», centrada en «un conjunto de fenómenos elegidos algo al azar», en la que «los factores sociales y culturales, sistemáticamente, no se tienen en cuenta», y en la que la cognición no tiene un tratamiento adecuado (pág. 28). Esa pragmática a la que se hace referencia en el texto es la pragmática griceana, cuyo principal problema, entre otros importantes, es que hace al significado completamente dependiente de las intenciones del enunciador (cf. pág. 98), situando así su «único *locus*» en la cognición individual (pág. 99). El cambio teórico que se propone aquí «... separa el significado del lenguaje más de lo que lo hizo Grice», separación que se equilibra «... con una reincorporación metodológica del significado al lenguaje de tal manera que se convierta en un objeto de investigación tan empírico como sea posible» (pág. 100). Esto se presenta como «el reto básico al que se enfrenta este libro» (pág. 100), que constituye un «... intento inflexible de entender todo el razonamiento y el comportamiento humanos» (pág. 395). No se reconoce, por lo tanto, límite alguno al alcance de la disciplina, que se define como una perspectiva carente de unidades de análisis básicas (pág. 42).

El libro se divide en tres partes. En la primera de ellas el autor presenta su perspectiva pragmática tras un repaso a los «temas comunes» de la pragmática «tradicional»: la deixis, las presuposiciones, la implicatura, los actos de habla, y el análisis de la conversación. El objeto del superficial y confuso recorrido que se nos ofrece, que reproduce todos y cada uno de los temas que trata tan magistralmente Levinson en su libro de 1983, es mostrar el solapamiento existente entre estos dis-

tintos temas, algo que, por otra parte, ya había señalado el propio Levinson. Este solapamiento, unido al «problema de la intencionalidad» que mencionábamos arriba, prepara el terreno al autor para «... un retorno pragmático al significado en su complejidad completa...» (pág. 100), del que nos ocuparemos tras un breve repaso al resto de los contenidos del texto. En el capítulo 2 (y último) de esta parte se presentan las nociones claves que le permiten al autor describir el uso del lenguaje como un proceso de hacer elecciones en todos los niveles de la estructura lingüística, consciente e inconscientemente, por razones externas o internas. Es tarea de una teoría del uso dar sentido a todas estas elecciones (cf. pág. 114), que son posibles gracias a tres propiedades cruciales del lenguaje. A saber, la variabilidad, «... que define la gama de posibilidades entre las que se pueden hacer elecciones»; la negociabilidad, «... responsable por el hecho (*sic*) de que las elecciones no se hagan mecánicamente o según estrictas relaciones de forma-función»; y la adaptabilidad «... que permite al ser humano hacer elecciones lingüísticas (...) que se acerquen a grados de satisfacción de las necesidades comunicativas» (págs. 129-130). Con este punto de partida, dice el autor, se pueden asignar cuatro tareas o ángulos de investigación a las descripciones y explicaciones pragmáticas: identificar los correlatos contextuales, los objetos estructurales, las dinámicas de la adaptabilidad, y la saliencia de los procesos de adaptación. Los correlatos contextuales «incluyen potencialmente todos los ingredientes con los que tienen que ser interadaptables las elecciones lingüísticas» (pág. 125). Los objetos estructurales estudian los fenómenos pragmáticos a cualquier nivel de la estructura. Las dinámicas de la adaptabilidad afectan a «cómo se usan los principios y las estrategias de comunicación en las elecciones y en la negociación de esas elecciones en la producción y en la interpretación» (pág. 126). Finalmente, la saliencia afecta al grado de consciencia con que se llevan a cabo las elecciones lingüísticas y es muy importante en el estudio de las ideologías del lenguaje, un tema fundamental en pragmática (cf. pág. 128-9). Todo esto le permite definir el interés general de lo que denomina la «pragmática lingüística»: «... comprender el funcionamiento significativo del lenguaje como un proceso dinámico que opera en las relaciones de contexto-estructura a varios niveles de saliencia» (pág. 129). Habremos de esperar a capítulos posteriores para entrever a dónde conduce toda esta abstrusa presentación teórica.

El autor dedica una segunda parte a detallar qué entiende por cada una de las nociones que ha introducido en la primera parte y concluye con una tercera, «Temas y tendencias» que dedica a cuestiones «micropragmáticas», como la ordenación de partículas o el problema de la performatividad, por un lado, y a cuestiones «macropragmáticas», como la ideología y el discurso o la pragmática de los grandes debates sociales. Concluye con una vasta panorámica de las tradiciones que nutren su texto, que se inscribe en una perspectiva general funcional, con Sapir y su visión del lenguaje como «una función cultural» (pág. 407), en el eje central de su aproximación a la pragmática. El elemento cognitivo lo aporta el concepto de «mente en so-

ciudad», que toma de Vygotsky, una noción que en realidad no permite ir más allá de señalar que todos los procesos que intervienen en la comunicación tienen lugar en la mente de los hablantes, si bien esas mentes han sido moldeadas por la sociedad y la cultura.

Para Verschueren las formas lingüísticas no tienen significados estables y es virtualmente imposible separar significado contextual y no contextual —«...intentarlo violaría el punto de vista de la pragmática como perspectiva» (pág. 40)—. Hay que decir no obstante que esto no impide al autor recurrir a la noción de significado literal cuando le resulta útil, como cuando nos habla de ideología y discurso. El significado «...es generado dinámicamente en el proceso de usar el lenguaje» (pág. 47), pero a diferencia de lo que ocurre en la pragmática griceana, esta generación de significado de la que habla el autor no está vinculada a la intencionalidad del enunciador. Se trata de una «... activación más espontánea, más allá del control directo de la intencionalidad del productor del lenguaje» (pág. 43). A juicio del autor, Grice dio el primer paso en este desgajar el significado de la estructura al hacerlo dependiente del enunciador. Aunque Verschueren se equivoca al interpretar este ligar significado e intención como un intento de eliminar el significado de la estructura —nada más lejos del planteamiento del americano—, este paso le parece importante al autor porque hace intervenir en la explicación a los usuarios del lenguaje como quería Morris. El problema es que en Grice la realidad extralingüística entra en la discusión del significado «únicamente a través de la cognición individual», sin hacer intervenir ni a la sociedad ni a la cultura (cf. págs. 98-99). De igual modo, la aportación de Austin situando al lenguaje como una forma de acción acabó convertido en «un estado mental de uno de los actores, haciendo de la interpretación el mero reconocimiento de este estado mental por el otro actor». Este enfoque centrado en la intención es «etnocéntrico» (pág. 390) y se combina con «...una comprensión incompleta de la interacción verbal en general, probablemente debido a una tradición filosófica occidental específica con la que es difícil romper» (pág. 390). (1) ilustra todo esto:

(1) (*Como* es una ciudad italiana dedicada a la producción de seda).

Dan: Como es un gusano de seda gigante.

Debby: ¡Aggg! ¡Qué idea más desagradable!

Nos dice el autor que en este intercambio vemos cómo Debby ha activado un significado potencial que no era intencionado. «Haciendo esto, (1) realmente adquiere el significado al que Debby reacciona. En otras palabras (1) no tiene simplemente un significado una vez es enunciado —lo que sería el caso si el significado fuera determinado por la intención» (pág. 100)—. De este modo, nos encontramos ante significados no intencionales que constituyen formas de significado identificadas empíricamente (pág. 389), «... el punto central de lo que realmente pasa en la

generación de significado por medio del uso del lenguaje» (pág. 100). Tenemos, pues, que cualquier reacción que se produzca ante un enunciado se convierte automáticamente en su significado empírico. Además, como veremos más adelante, los enunciados tienen significados latentes que se ocultan al propio enunciador y que es preciso establecer de modo científico. El significado es por lo tanto inestable, inseparable del contexto e independiente de la intención del enunciador. Por ello, «es inútil que la pragmática busque los límites de lo que es posible» (pág. 116). Los enfoques menos amplios imponen «restricciones arbitrarias» a los análisis debido al vértigo que produce la falta de límites. Esto crea una «falsa impresión de manejabilidad» (pág. 185), razón por la cual «...fue tan fácilmente adoptada como estándar durante tantos años la opción griceana para definir el significado...» (pág. 184). Para entender el uso del lenguaje, por lo tanto, «...hay que dejar de lado las ilusiones de una voluntad omnipotente y libre...» (pág. 413). Ciertamente, estamos en las antípodas del planteamiento griceano, e igualmente lejos de una explicación razonable sobre el comportamiento comunicativo.

Los intercambios verbales constituyen, efectivamente, una forma de comportamiento compleja en la que el enunciador no tiene el control de todo lo que ocurre. Ni Grice ni los seguidores del modelo ostensivo-inferencial de la comunicación pretenden agotar el fenómeno en su explicación. Sí se señala —y esto es crucial— que la intencionalidad abierta «marca un tipo especial de causalidad (...) dentro de la causalidad común que conecta, por ejemplo, un síntoma con una condición fisiológica» (Dascal 1999, págs. 32-33). Veamos esto con el siguiente ejemplo. Imaginemos tres situaciones diferentes: *A* bosteza de forma (a) espontánea, (b) pretendidamente espontánea, (c) pretendidamente espontánea de forma manifiesta. Un observador *B* de (a) podrá «inferir» —es decir, inducir— que *A* está cansada o somnolienta. Si *A* tiene éxito en ocultar su intención, la situación en (b) no será distinguible de la de (a). Si fracasa, *B* sabrá que no es un observador accidental, sino que es el destinatario de un efecto que quiere producir un emisor. En (c) estamos ante un fenómeno diferente, que no es accidental como (a) y tampoco oculta sus intenciones como (b): *A* muestra de forma abierta que tiene la intención de afectar los estados mentales de *B*. Por eso inicia una forma de comportamiento interactivo cuya peculiaridad consiste en que exhibe sus intenciones comunicativas. La situación en (c) muestra que es posible comunicarse sin que medie código alguno; basta con que el intérprete reconozca —infiera— la intención del emisor por la evidencia que éste aporta de sus intenciones, como señaló Grice. La comunicación verbal pertenece a esta misma clase, a pesar de que las formas lingüísticas sí codifican información. Esto se debe a que por sí solas no constituyen representaciones semánticas completas y por lo tanto no pueden codificar las intenciones del enunciador. Gracias a esta infradeterminación, característica de las formas verbales, es posible que una misma cadena verbal transmita proposiciones diferentes en diferentes situaciones de uso. Esta es la razón, también, por la que todos los niveles estructura-

les de la lengua, generados por reglas combinatorias independientes del contexto, pueden, y de hecho, requieren, ser «permeados» por información extralingüística que ha sido seleccionada siguiendo principios pragmáticos. Es decir, la intención transmitida no constituye el significado de la forma pero éste es instrumental en el proceso de obtención de dicha intención. Sistema verbal y capacidad inferencial operan, pues, de forma conjunta. En el ejemplo de arriba, Dan probablemente quería transmitir que Como es una ciudad entregada por completo a la producción de seda, pero (1) no significa eso. Por ello el receptor ha de inferir el contenido manifiestamente intencional del enunciado sirviéndose de (1) y de la información extralingüística a que tiene acceso. Grice sostenía que, en esta tarea, enunciador e intérprete se dejan guiar por los supuestos generales de cooperación y racionalidad mutua. Sin estos supuestos básicos, que se presentan más como condición de posibilidad de la comunicación que como normas, no tendría sentido ninguna forma de comportamiento interactivo. El oyente puede también llegar a otras conclusiones que quedan fuera de la intención informativa del emisor: en (1), por ejemplo, que es repugnante describir una ciudad como un gusano de seda gigante. Argumentar, como lo hace Verschueren, que esto constituye un significado objetivo de (1) es dinamitar toda posibilidad de un estudio sistemático del significado y la comunicación y confundir, como dice Dascal, fenómenos de naturaleza diferente. Sólo en (c), como en (1), la información que se transmite proviene de una fuente intencional interesada en ser comprendida —no olvidemos que el enunciador inicia el intercambio exhibiendo su intención de informar, incurre en esfuerzo de procesamiento y lo exige a su oyente, creando así unas ciertas expectativas, como se señala en la teoría de la relevancia—. Obsérvese qué lejos estamos de esas «ilusiones de una voluntad omnipotente y libre» que Verschueren atribuye al enunciador en el enfoque griceano —como si de Humpty Dumpty se tratase, en su intento de convencer a Alicia de que las palabras significan lo que él quiere—. El hablante está limitado por el deseo de satisfacción de su intención informativa, lo que le permite al oyente contar con su colaboración activa en la tarea interpretativa, al contrario que en (a) o en (b). Esta explicación no es etnocéntrica: remite a la habilidad de todo ser humano de operar selectivamente sobre su entorno perceptual y cognitivo en general, y, de forma crucial, de atribuir estados mentales —creencias y deseos— de varios niveles de complejidad a otros individuos, y de manipularlos con todo tipo de fines. Es cierto que en esta explicación no se hace referencia explícita a normas sociales o culturales, pero no lo es que queden excluidas: nada impide que ocupen su lugar en la explicación, como muestra Escandell Vidal 2002. Simplemente estamos ante el primer paso en la explicación de un fenómeno de extraordinaria complejidad.

Volvamos al texto de Verschueren. Coincidimos con el autor en señalar que todo enunciado es susceptible de ser interpretado de un sinnúmero de maneras diferentes, y que esto se debe a la falta de conexiones forma-contenido intencionado fijas. Es cierto también que no hay límite alguno a los factores que pueden intervenir de mo-

do relevante en el proceso interpretativo y que, en principio, este proceso podría no acabar nunca: siempre podríamos hacer intervenir un nuevo factor que arrojará una interpretación diferente. El hecho, sin embargo, es que paramos el proceso y elegimos una interpretación con una rapidez vertiginosa. Una teoría pragmática tiene que explicar qué criterios de selección siguen los usuarios, qué hace que una interpretación seleccionada satisfaga a un intérprete, y por qué precisamente esa interpretación tiene muchas posibilidades de coincidir con la que el enunciador quería transmitir. En otras palabras, qué detiene esa permanente renegociabilidad —¿qué se negocia con quién?— de la que se nos habla en el texto. Esto es lo que la pragmática griceana y sus desarrollos posteriores intentan explicar, pero que Verschueren ni siquiera considera. Lo que el autor nos dice es que comunicarse es hacer elecciones con ciertas garantías de éxito gracias a una propiedad del lenguaje que lo hace adaptable a nuestras necesidades comunicativas (cf. págs. 129-30). Esto es dudosamente explicativo, más aún cuando el mecanismo de esa adaptación no es otro, en realidad, que la codificación, a menudo retroactiva. Así, vemos cómo los correlatos contextuales de la adaptabilidad —el mundo mental, el mundo social y el mundo físico— se presentan a través de los rígidos sistemas de déicticos de diferentes lenguas. Otras veces estos correlatos aparecen como elementos puramente extralingüísticos que se intentan encajar *ex post facto* con el enunciado —v. como muestra los ejemplos (12-18), págs. 155-6—. Además de estos elementos del contexto lingüístico rígidamente codificados, se distinguen ciertas «condiciones puramente 'materiales' del habla» (pág. 174) o «detonadores contextuales 'objetivos'» (pág. 186), expresiones con las que se hace referencia a circunstancias que intervienen en la determinación de lo que no es otra cosa que la carga implícita del enunciado. Como Verschueren no distingue «lo que se dice» de «lo que se implica», no puede matizar que hay aspectos de lo que se comunica por medio de un enunciado que forman parte de su contenido explícito —o literal, si se quiere— precisamente porque han sido seleccionados en parte por mandato lingüístico —la presencia de un déictico es el caso más claro—. Además, los oyentes seleccionan supuestos contextuales adicionales por criterios puramente pragmáticos, que combinados con el enunciado arrojan información adicional —las implicaturas conversacionales de Grice—.

En cuanto a las elecciones en el terreno de los «objetos estructurales de la adaptabilidad», aquí se nos habla, por un lado, de «elegir» una lengua entre las 6.000 existentes y de cómo cada lengua se distingue porque «elige» codificar distintos aspectos de la realidad. Por otro, están las elecciones que tiene que llevar a cabo el enunciador en la producción y el intérprete en la comprensión. Estamos, nuevamente, ante fenómenos de naturaleza obviamente dispar: la diversidad formal de las lenguas del mundo, frente a operaciones que llevan a cabo agentes intencionales. La razón de estas agrupaciones parece ser únicamente el interés del autor por enfatizar el eje paradigmático como la base esencial de una teoría del uso del lenguaje. También se repite la vieja idea de que toda elección conlleva de algún modo

sus alternativas (cf. págs. 113 y 118), pero no cómo están presentes esas alternativas, ni qué papel juegan en la interpretación (el lector interesado puede acudir, entre otros, a Levinson 2000). Estas elecciones que lleva a cabo el usuario se hacen con diferentes grados de consciencia o saliencia. Aquí el autor oscila entre dar conciencia plena a los usuarios de todas y cada una de esas elecciones, incluyendo las estrictamente gramaticales, y la necesidad de postular elementos subliminales que le permitan recurrir a la noción de significado latente en su discusión de la conexión entre discurso e ideología (cf. págs. 277-310). Este aspecto es importante porque aquí asistimos a esa «reunificación del significado con hechos del lenguaje observable», crucial para el «cambio teórico» que se propone. La dificultad con la que se encuentra el autor aquí, de modo mucho más contundente que en (1), es que se atribuyen al enunciado significados que el enunciador no estará dispuesto a aceptar como presentes en sus palabras en modo alguno. Esto hace necesaria una metodología científica que se base en «datos probatorios» (pág. 344). Uno de los ejemplos de cómo se pueden rastrear las huellas de esos significados latentes que nos da es un resumen de un debate real sobre inmigración en Bélgica, en el que participa el propio autor y en el que se «demuestra» que las opiniones de la mayoría tolerante expresadas en (2) equivalen a una no aceptación de las «formas fundamentales de la diversidad» (pág. 375):

(2) Los emigrantes deberían integrarse en nuestra sociedad.

El primer paso en el análisis es aclarar que, al contrario que en el debate americano del multiculturalismo, en el que el término «integración» se interpreta como «participación», en el contexto socio-cultural y político belga el término hace referencia a la «asimilación» de los inmigrantes (cf. pág. 376). Esta clarificación anticipa la circularidad del tortuoso razonamiento que Verschueren utiliza en las páginas que siguen. Partiendo de que «el significado codificado literalmente (...) no agota el significado de lo dicho», en estos casos se produce un vacío entre las representaciones lingüísticas conceptualmente más profundas y las manifiestas, por lo que es necesario establecer un puente que vuelva a conectar el significado y la forma (pág. 378). «Este puente lo da el área del significado implícito, que incluye, pero no se agota en presuposiciones, implicaturas, supuestos de fondo etc.» (pág. 378). En (2), «observamos un conflicto entre lo explícito y lo implícito de modo que se puede ver que lo implícito socava lo explícito» (pág. 379). El problema que plantea todo esto es, por un lado, que más que mostrar que hay una discrepancia de significados, se parte del supuesto de que la hay. Por otro lado, el autor no puede recurrir a las nociones de implicatura, presuposición o supuestos de fondo, ya que estas pertenecen al ámbito de la comunicación intencional abierta, y aquí se nos ha situado nítidamente fuera de la misma. Habrá por tanto que hacer referencia a otras formas de implicitud para las que sería necesaria una metodología de otro tipo, tal vez de corte psicoanalítico.

Es cierto que también se hace referencia a «requisitos adicionales» como la búsqueda de inconsistencias en los enunciados o de «ingredientes de esa ideología en las diferentes capas estructurales» (pág. 383), para investigar el «...vacío entre una norma de tolerancia representada claramente y la falta de apertura más profunda a la diversidad» (pág. 382). Sin embargo, Verschueren no consigue convencernos de que estamos ante «hechos incontestables» (pág. 381), ni de que es posible trazar esa línea «relativamente clara donde los límites de la interpretación legítima cruzan hacia la mera especulación» (pág. 380) por un procedimiento de este tipo.

La amplitud de su planteamiento inicial le permite al autor mencionar —que no tratar— multitud de cuestiones relacionadas directa o indirectamente con el lenguaje y la comunicación. No podemos ocuparnos de todas ellas, pero nuestra valoración global es que este libro no consigue ninguno de los objetivos que su autor se marca en la introducción: formar al principiante en pragmática e innovar la disciplina. En su propuesta teórica de superación de la pragmática griceana Verschueren fracasa porque mal se puede superar lo que no se ha comprendido, como espero haber mostrado. Fracasa también porque en este libro no se dota al lector de herramientas de análisis que le permitan describir de forma coherente —mucho menos explicar— el comportamiento comunicativo humano. El procedimiento que sigue el autor es más bien abrumar al lector con terminología y clasificaciones —¿por qué un contrato es «monologal», pero un historial médico es «dialogal»? ¿qué diferencia se hace entre género, actividad, acontecimiento y acto de habla, marco de significación, juego de lenguaje, o grupo de enunciados?— y, en definitiva, se sustituye la explicación por la estipulación. Así, los ejemplos que se mencionan tienen las interpretaciones que les da el autor de modo inapelable: un intercambio entre desconocidos en la ópera tiene una «función puramente informativa» (pág. 256), o un texto situado en 1995 que trata sobre 1996 es, «por definición», un «pronóstico» (pág. 373). En conjunto, el texto es farragoso, reiterativo, aunque no por ello claro (*pace* Reyes), a menudo contradictorio y sorprendentemente falto de rigor en ocasiones (véanse las definiciones y ejemplos de nociones como implicación lógica, entañamiento o implicatura, en págs. 73-82). Por otra parte, habría sido deseable que el autor incluyera en el cuerpo del texto sus deudas bibliográficas —que son muchas— en vez de agruparlas en secciones de lecturas recomendadas que incluyen multitud de trabajos de los que no parece haber huella alguna en el texto.

Dascal, M. 1999: «La pragmática y las intenciones comunicativas», en *Filosofía del Lenguaje II. Pragmática*, Madrid, Trotta - CSIC, págs. 21-51.

Escandell Vidal, M.V. 2002: «Norms and principles. Putting social and cognitive pragmatics together», en Márquez-Reiter, R. y Placencia, M. E. (eds.), *Current Trends in the Pragmatics of Spanish*, Cambridge, C.U.P.

Levinson, S.C. (1983) *Pragmatics*. Cambridge, C.U.P.

— (2000) *Presumptive meanings*. Cambridge Mass., M.I.T. Press.

BEGOÑA VICENTE
Universidad del País Vasco

LÓPEZ QUERO, SALVADOR, *El discurso argumentativo de José Ortega y Gasset en «Tres cuadros del vino»*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Colección Nuevos Horizontes 8, 2002, 116 págs.

Este último libro de Salvador López Quero —que ya había publicado antes otros como *Descripción gramatical del español. Didáctica del análisis sintáctico*, *Comentarios lingüístico de textos españoles* o *La atribución en español*— comienza con dos citas, pertenecientes una a Aristóteles y otra a los lingüistas franceses Anscombre y Ducrot, mediante las cuales quiere dar a entender que su obra se va a insertar en la línea de pensamiento de cuantos estudiosos —conocedores de la más pura tradición clásica— intentan explicar los procesos constructivos del razonamiento lingüístico con unos procedimientos y una terminología inmanentes en las modernas teorías de la argumentación y de la pragmática. Es, en efecto, el último libro del Dr. López Quero, mas no el único en que aplica este método de investigación, al que de una forma explícita remite otra obra suya titulada *Pragmática de la atribución en la literatura espiritual del siglo XVI* (Córdoba, Junta de Andalucía, 2000).

La investigación del profesor López Quero se inicia en la página 15 —tras un sucinto prólogo de Fernando Rivera Cárdenas y una nota introductoria del propio autor—, en cuyos cuatro primeros renglones ya se plantea con claridad su objetivo, en todo coincidente con el título que se ha dado a la obra. Y dado que ésta se va a centrar en el análisis discursivo de un ensayo de Ortega y Gasset, lo primero que se afronta, en un apartado todavía preliminar, es la estructura informativa de tal ensayo, su división semántica externa, de la que López Quero ya empieza a formular iniciales comentarios pragmáticos y a hacer observaciones discursivas que indican al lector por qué caminos va a transcurrir un trabajo que, desde sus comienzos, se esboza como una interpretación amplia en la que tendrán peso equilibrado la Lingüística, la Filosofía, el Arte o la Antropología.

En el capítulo I, el lector se encuentra con el texto original de Ortega y Gasset, de cuyo ensayo se reproduce por ahora la parte introductoria titulada «Vino divino»: once párrafos que, por una parte, van a servir a Ortega para declarar cuál es el interés de su ensayo, que no es otro que presentar «el vino como un poder elemental» dentro del mundo antiguo, y que, por otra, constituirá el objeto de estudio del profesor López Quero, preocupado —según dice— por la «peculiar organización del sistema lingüístico que hay que descubrir». En este punto empieza, pues, la verdadera indagación en el sistema lingüístico de este texto de Ortega y Gasset, un texto del que se resalta su esquema organizativo inicial apoyado en cinco argumentos que a su vez se articulan mediante la particular disposición de sus elementos conectores; son éstos los que van orientando y modificando el discurso orteguiano en la citada presentación, y de ellos procede la fuerza ilocutiva que puntual o fragmentariamente quiere imprimirle su autor. Y esto implica, por supuesto, que facto-

res argumentativos tan variados como la posición, la persuasión, las implicaturas y las presuposiciones, el papel de la ironía, las apreciaciones sobre léxico, la función de la metáfora, y otros cuyo funcionamiento descubre el profesor López Quero, adquieran una importancia de primer orden en el proceso argumentativo diseñado por el autor. Habremos de constatar, resumiendo, que los comentarios de este primer capítulo se han hecho con una doble finalidad: por un lado, para descubrir los esquemas argumentativos que Ortega utiliza en su empeño de hablar del «problema del vino», esquemas que López Quero reduce a seis bloques articulados con sus argumentos y sus conectores; por otro, para prefigurar los puntos de vista que hacen posible la comprensión del tema del vino, lo que es necesario para relacionar el primer capítulo con los siguientes de la obra. Añadamos, por fin, que desde el principio se advierte la claridad expositiva del profesor López Quero, guiada en éstas y en el resto de sus páginas por el didactismo y la exactitud conceptual; a estos afanes vemos que responde, además, la adecuada y constante inserción de notas a pie de página, con cuyo seguimiento el lector tiene en sus manos una panorámica completa de los que hoy por hoy constituyen los puntos esenciales de la investigación pragmática.

Establecidos ya el modo de proceder y asentadas las bases de la investigación en el detallismo y la exhaustividad, volvemos a encontrarlos en el capítulo II, que parte del texto que Ortega y Gasset dedica al cuadro de Tiziano «Bacanal». Si el filósofo español intenta en su texto ensayístico —reproducido íntegramente en este capítulo— penetrar el contenido que el pintor veneciano ha querido dar a su cuadro al aunar paisaje y conductas humanas, lo que hace López Quero, reutilizando el texto orteguiano, es desmontar totalmente la estructura argumentativa de este pasaje del ensayo, que desglosa en siete esquemas cuyos elementos constitutivos se van relacionando inequívocamente con la forma de la exposición original, de la que en un momento dado se precisa: «la descripción es muy expresiva en un hilo argumental perfectamente trazado» (pág. 64).

Las teorías artísticas y filosóficas de Ortega y Gasset se continúan exponiendo en el siguiente capítulo, primero en referencia todavía al cuadro de Tiziano (propuesto como modelo de pensamiento renacentista) y luego entresacándolas de la «Bacanal» de Poussin (eco pictórico de las ideas clásicas renovadas en el Barroco). Los razonamientos de uno y otro apartado quedan reducidos, según el análisis del Dr. López Quero, a dos y cinco esquemas argumentales respectivamente.

Ortega da fin a su ensayo al comentar un tercer cuadro, el de Velázquez titulado «Los borrachos». A él dedica, entre transiciones e interpretación directa del sentido artístico, nueve párrafos, los mismos que López Quero, en el capítulo IV, va a esquematizar fijando su estructura discursiva en tres nuevas fórmulas en las que está implícita, primero, una intencionalidad explicativa (concretamente en los esquemas 21 y 22, cuyos argumentos y conclusiones se entiende que están ligados por el conector *es decir*), y por fin, un afán demostrativo que depende tanto del marcador *así*

(varias veces repetido) como del conclusivo *por tanto*, uno y otro integrados en el esquema 23. Es éste un apartado en el que el filósofo tiene en cuenta no sólo los rasgos de sentido que oponen unos cuadros a otros, sino que también le sirve para resumir el fin de todo su ensayo, que puede reducirse —según leemos en la página 88— en advertir al lector que «mientras Tiziano y Poussin exaltan la mitología, Velázquez la seculariza». Todo indica, para concluir, que el texto viene a ser una seria reflexión sobre las creencias religiosas del hombre, que han ido cambiando con el tiempo y modificando su carácter de trascendentalidad hasta identificarse con un comportamiento puramente materialista, por lo que se deduce —si leemos otra vez la página citada— que lo que «hace Ortega es una crítica feroz a la sociedad actual, tomando como pretexto el cuadro de Velázquez».

Debe considerarse que esta obra es un comentario, el del profesor López Quero, sobre otro comentario, el de Ortega y Gasset referido a esos tres cuatros de sendos pintores. Para el filósofo español, lo que importa es el contenido ideológico y artístico que subyace en cada una de las pinturas; al profesor de la Universidad de Córdoba, lo que le interesa —y nos lo dice él mismo en el párrafo inicial de su presentación— es «un análisis lingüístico del discurso argumentativo de José Ortega y Gasset». Ese análisis, con todo tipo de consideraciones textuales, estilístico-literarias, sintácticas y pragmáticas, es el que se ha llevado a cabo en los capítulos I al IV y el que se ha ampliado en el último, cuyo título («Relaciones léxicas en la exposición de los tres cuadros») y posterior lectura demuestran la relación temática que unos cuadros mantienen con otros, además de aportar índices léxicos sobre la frecuencia de ciertos términos (*ánimo, armonía, corazón, misterio, último o problema*) y de dar las claves que deben utilizarse para la comprensión de estas obras pictóricas y de la teoría personal sobre el arte del propio Ortega y Gasset. Es tal el afán didáctico del profesor López Quero, que en su obra reserva todavía cuatro páginas más a exponer, como «Conclusiones», los puntos fundamentales en los que puede resumirse tanto el contenido del ensayo orteguiano como la investigación discursivo-pragmática que ha sido el motivo de esta obra; esto último, particularmente, lleva a López Quero a recordar la que ha sido razón fundamental de su estudio: hacer una interpretación del contenido del ensayo de Ortega y Gasset «a través de una doble pragmática: lo que los diferentes cuadros comunican al autor (las tres pinturas) y lo que el autor quiere comunicar a través de los cuadros (la introducción del ensayo: *vino divino*)».

El estudio se completa igualmente con dos gráficos en los que se recogen los conectores y los operadores argumentativos, y, por fin, con la adición de otras seis páginas donde se ordena nuevamente la bibliografía utilizada, un apartado que reseña un total de ochenta publicaciones, porque el autor de la obra ha concentrado para su investigación tanto trabajos referidos a pragmática, a sintaxis o a lingüística textual como a cuestiones de estilística, de arte, de literatura o de lenguaje coloquial. Si el lector tiene en cuenta, además, la oportunidad de dos índices de indiscutible ren-

dimiento, uno temático y otro de autores citados, observará que es ésta una obra trabajada a conciencia, redonda en sus planteamientos, en su ejecución y en sus posibilidades de aplicación en la enseñanza universitaria, junto a publicaciones tan reconocidas como *Comentario pragmático de textos polifónicos* (1997), de Salvador Gutiérrez Ordóñez, o *La organización informativa del texto* (1999), de Catalina Fuentes Rodríguez, que responderían a planteamientos similares.

ANTONIO MORENO AYORA

DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ, ALBERTO, *Lenguaje y Psicología: conjugando forma y función*, La Laguna, Universidad de La Laguna, 2002, 138 págs.

Uno de los enfrentamientos teóricos más productivos que ha tenido lugar en el campo de la Lingüística es el que mantienen los defensores de las tesis formalistas y funcionalistas. En 1994 Figueroa (*Sociolinguistic Metatheory*, Oxford, Pergamon) sintetizaba las diferencias más importantes entre ambos modelos con respecto a cuestiones como el lugar del lenguaje, su adquisición, su función más importante y las relaciones entre forma y función de las unidades que lo constituyen. Mientras los formalistas defienden que el lugar del lenguaje es el cerebro de los individuos, que se adquiere gracias a la existencia de estructuras mentales innatas, que su función más importante es configurar el pensamiento abstracto y que la forma de las unidades lingüísticas (su estructura) no se halla relacionada con el uso, los funcionalistas sostienen que el lenguaje es, sobre todo, una actividad social, que su adquisición se lleva a cabo a través de los procesos de interacción en que se ven implicados los individuos, que su principal función es la comunicación y, finalmente, que la forma y la función se hallan interrelacionadas. El paradigma formal hunde sus raíces en la filosofía cartesiana, mientras que el paradigma funcional se muestra más deudor de la filosofía hegeliana.

Alberto Domínguez vuelve sobre el debate entre formalistas y funcionalistas, pero abordándolo esta vez desde la perspectiva de la Psicolingüística. La segunda novedad de su estudio consiste en que, a diferencia de los planteamientos de Figueroa, de entre los posibles modelos formales el autor toma como ejemplo la teoría generativa. De este modo, *Lenguaje y Psicología* representa no sólo una nueva visión de los fundamentos en que se sustenta cada uno de los dos paradigmas mencionados, sino, además, una constatación de la solidez de algunos presupuestos de la Lingüística generativa a la luz de los datos experimentales proporcionados por los psicolingüistas. Es cierto que esta decisión restringe el alcance del debate entre formalismo y funcionalismo, pero no es menos cierto también que eso le permite al autor mantener un discurso de una gran coherencia argumental y de una densidad expositiva poco usual en libros divulgativos como el suyo.

Tres son los aspectos en los que Domínguez escenifica las discrepancias entre las tesis formalistas y las funcionalistas: las teorías evolutivas del lenguaje, la interdependencia o no entre el lenguaje y otras facultades intelectuales y la calidad del estímulo perceptivo. En lo que respecta al primero de estos aspectos, el papel del lenguaje en la teoría evolucionista, las discrepancias entre los dos modelos tienen que ver, sobre todo, con la fijación del momento en que aparece el lenguaje. Los estudios paleontológicos han comprobado que el tracto vocal de los humanos se diferencia del de los chimpancés en que la laringe ocupa una posición más baja, lo que favorecería la producción de sonidos vocálicos y consonánticos. Esta posición baja de la laringe se documenta en los restos fósiles a partir de los neandertales tardíos (extinguidos hace 50.000 años) y los cromañones. Ahora bien, en especies anteriores a éstas (como ocurre con el *Homo Habilis*, que vivió entre hace 2-1,5 millones de años) existía un lenguaje muy parecido al nuestro, ya que, a juzgar por los datos proporcionados por los paleontólogos, tales especies tenían ya desarrolladas las áreas de Broca y Wernike, que juegan un papel importantísimo tanto en la producción como en la comprensión lingüística. El problema que se plantea es el siguiente: si consideramos lenguaje estas habilidades lingüísticas rudimentarias, como proponen los funcionalistas, podemos defender su aparición desde la época del *Homo Habilis*, mientras que si, como proponen los formalistas, para que se pueda hablar de lenguaje es necesario contar con una sintaxis desarrollada, entonces habría que retrasar su aparición hasta hace 50.000 años.

Paralelamente a esta discusión, formalistas y funcionalistas muestran otros signos de discrepancia en el terreno de la evolución. Mientras los funcionalistas mantienen que, debido a su extraordinaria complejidad, el lenguaje tuvo que pasar por un largo proceso evolutivo desde los chimpancés hasta los humanos, un proceso que ha implicado una gran cantidad de mutaciones, los formalistas defienden el carácter discontinuo o no gradual de la evolución. Los defensores de esta tesis apoyan la idea de que el lenguaje humano es complejo, pero insisten en que ello es perfectamente compatible con una visión abrupta del proceso evolutivo. Según esta tesis, no fue necesario que se produjera un desarrollo completo de órganos específicos del habla, ya que bien pudo ocurrir que los humanos aprovecharan una serie de órganos que ya cumplían otras funciones para reutilizarlos en una nueva función (una práctica adaptativa que ha sido documentada en otras especies).

En cuanto a la cuestión de si el lenguaje es independiente de otras funciones mentales que también nos permiten conocer e interpretar el mundo, la respuesta de los formalistas es afirmativa, mientras que la de los funcionalistas es negativa. Para los primeros, existen estructuras mentales innatas características de dominios especializados (el lenguaje, la percepción, el manejo de números, etc.). Para los funcionalistas, al contrario, el sistema lingüístico es interdependiente de otros sistemas cognitivos.

El carácter innato del lenguaje ha sido defendido por Chomsky sobre la base de tres argumentos bien conocidos: a) los niños aprenden una lengua de modo fácil y rápido, b) este aprendizaje se produce a pesar de que los estímulos que recibe el niño son pobres, y c) el grado de inteligencia de los individuos no tiene que ver con sus habilidades lingüísticas. No obstante, se trata de afirmaciones que no siempre se han visto corroboradas por los datos. En primer lugar, el tiempo que un niño se ve expuesto a su lengua materna es mucho más que el que dedica un adulto a aprender una segunda lengua. En segundo lugar, tampoco parece aceptable mantener que los estímulos del entorno sean pobres; de hecho, en uno de los trabajos empíricos manejados por Domínguez se pudo comprobar que de 1.500 oraciones pertenecientes a 15 madres sólo se documentó un ejemplo que era no gramatical. Por último, en lo que respecta a la independencia de las habilidades lingüísticas y no lingüísticas, algunos datos parecen apoyar esta idea. Por ejemplo, el síndrome de Williams es un desorden de tipo genético que lleva aparejado deformidad física y coeficiente bajo de inteligencia, pero que no afecta ni a la fluidez verbal ni a la corrección gramatical.

Los funcionalistas, por su parte, proponen que la adquisición del lenguaje se produce de modo paralelo al desarrollo de otras habilidades cognitivas. Algunos estudios sobre adquisición del vocabulario parecen avalar esta tesis. De acuerdo con las ideas de Piaget, en torno a los dos años, cuando el niño ha finalizado el período sensorio-motor, se consigue un importante logro en su vida: se hace consciente de que cuando los objetos desaparecen de su vista no se extinguen. Este hecho es importante para que el niño pueda aprender el concepto de objeto y, paralelamente, para aprender la noción de nombre como categoría gramatical. Ello explicaría la explosión de vocabulario que se produce en torno a los dos años.

Ahora bien, tanto las tesis formalistas como las funcionalistas se encuentran con una gran cantidad de contraevidencias con respecto a la interrelación de funciones mentales; es por ello por lo que muchos autores defienden actualmente que estas interrelaciones existen, pero no de un modo absoluto, sino localizado.

El último aspecto abordado por Domínguez se refiere a la calidad de información que ofrece el estímulo lingüístico (sea auditivo, sea visual) para acceder al significado. Con respecto al estímulo auditivo, se ha observado que la señal acústica presenta graves inconvenientes a la hora de reconocer las palabras y de acceder, por tanto, a la unidad léxica subyacente. Por un lado, esta señal es continua (como puede comprobarse en un sonograma, una palabra queda unida a la siguiente); por otro, existe un alto grado de variación fónica debido tanto al contexto en que se producen los sonidos como a las características individuales de los hablantes. Sin embargo, los individuos somos capaces de segmentar mentalmente las palabras; también podemos interpretar las distintas variantes de un fonema como si se tratara de una sola unidad fónica. La tesis formalista propone que el estímulo no ofrece las suficientes claves para acceder directamente al significado, por lo que se postulan una serie de

procesos o estados intermedios que completen la información que se precisa. La tesis funcionalista, en cambio, elimina esas etapas intermedias, ya que el acceso al significado es directo. Un intento de resolver el problema de la invariancia, sin tener que recurrir a niveles intermedios como el fonema o la sílaba, consiste en considerar que la porción de material que existe entre el centro de un sonido y el centro del siguiente (difonema) es suficiente para reconocer directamente la señal que nos llega (funcionalismo). Esta misma discrepancia se produce a la hora de analizar cómo se accede desde la información fónica al significado de la palabra archivado en la memoria.

El libro de Alberto Domínguez es un buen ejemplo de cómo combinar rigor intelectual, claridad de ideas y escritura apasionante. El autor transita por diversos territorios del conocimiento con seguridad y lucidez, lo que le permite manejar con soltura una gran cantidad de datos y evidencias. Todo ello bastaría y sobraría para recomendar su libro. Pero hay una razón más que subraya la dignidad de este texto: la disputa entre escuelas antagonistas está planteada, si no con absoluta neutralidad, sí con un gran sentido de la honestidad, evitando tensar los argumentos para apoyar las ideas de unos o de otros.

MANUEL ALMEIDA
Universidad de La Laguna

MARTÍNEZ DEL CASTILLO, JESÚS GERARDO, *Benjamin Lee Whorf y el problema de la intelección*, Almería, Universidad de Almería, 2001, 217 págs.

Un clásico, para Ortega y Gasset, es aquel autor que sabe presentar un problema, independientemente de la solución que dé al mismo. Éste es el planteamiento que hace Jesús G. Martínez del Castillo cuando emprende la labor de exponer las ideas de Whorf, de exponer las interpretaciones más usuales de su teoría, de hacer una estructuración de las ideas de Whorf, y, por último, de criticar las ideas de Whorf. Para Martínez del Castillo el problema que plantea Whorf es el problema de las relaciones entre la lengua y el pensamiento, problema de la variedad lingüística para Whorf, del relativismo lingüístico para algunos intérpretes de Whorf, de la cognición para muchos de los actuales lingüistas, de la intelección para el autor, o en definitiva, el problema del logos o del lenguaje como logos. El autor no está interesado en la solución dada por Whorf a ese problema. Está interesado en replantear el problema mismo y en reflexionar sobre la realidad que implica, comentando y criticando los fundamentos teóricos de Whorf.

De antemano Martínez del Castillo rechaza la interpretación que se suele hacer de Whorf como formulador de la hipótesis Sapir-Whorf y del relativismo lingüístico. De la primera dice que Whorf no la formuló, y del segundo dice que Whorf no

enclavó su teoría dentro del relativismo. Por el contrario, afirma que Whorf habló del principio del relativismo dentro de lo que él (Whorf) más interesado estaba, en estudiar «las relaciones y condiciones que la lengua particular impone sobre los individuos al hablar y al entender la realidad (página 11)». Por otro lado, Martínez del Castillo pretende desligar a Whorf de la llamada cognición: los cognitivistas tienen en común con Whorf el que ambos parten de supuestos empíricos para solucionar el mismo problema. En este sentido Martínez del Castillo reprocha a los cognitivistas su no hacer caso de las ideas de Whorf (pág. 12).

Para Martínez del Castillo el problema que trata Whorf, problema de las relaciones lengua-pensamiento o problema de la intelección, es una teoría del conocimiento, y así explica él por su parte la teoría de Whorf. Se trata del problema del conocimiento (págs. 79-80, notas 115-116). Por otro lado, y en una obra posterior Martínez del Castillo dice taxativamente:

Whorf pretendía, en realidad, hacer una teoría del conocimiento. Whorf pretendía saber qué conocemos, cómo conocemos, y por qué conocemos (Martínez del Castillo 2002, pág. 24).

En este sentido para Martínez del Castillo Whorf parte de unos hechos fundamentales (los hombres hablan y piensan según su lengua), toma dichos hechos en sus implicaciones universales (los hombres hablan y piensan de forma diferente pero tienen una psicología, una experiencia y una mente iguales), y concluye sobre la lengua como el elemento causante de la variedad lingüística, y por tanto, como algo autónomo e independiente (cf. capítulo 4, 1). Whorf se apoya en la psicología y la mente humanas, en la experiencia, y en un determinado tipo de percepción (la *Gestalt*) (capítulo 4.2). Desde este planteamiento, la solución dada por Whorf es empírica. Pero no es la solución ni el planteamiento del problema lo que interesa en este libro. Lo que interesa es el problema mismo. Interesa destacar los fallos de Whorf para solucionar el problema. El fallo fundamental de Whorf es concebir la lengua en sí misma y el colocar el significado fuera de la lengua (pág. 194). El problema lo plantea Whorf en términos empíricos, pero la solución no puede ser en términos empíricos; la solución ha de ser otra. En la nota citada arriba, 116, dice Martínez del Castillo (cf. tb. la crítica al planteamiento empírico, es decir psicológico, del problema en la nota 115):

Y una cosa es lo que nos llega a través de los sentidos, y otra distinta la observación. Una vez que un individuo percibe una escena, la interpreta, es decir interpreta muchos objetos que, después, una vez conocidos, constituirán una escena, y una vez interpretada ésta, ya no vuelve a plantearse más el problema inicial de su interpretación. Si un individuo tiene dificultades en interpretar una escena visual dudará durante un período más o menos corto de tiempo, pero una vez interpretada, ya no volverá a plantearse de nuevo,

recurrirá a la representación simbólica que hizo de ella y que guarda en su conciencia. El conocimiento no es ni puede basarse en los sentidos. Es un acto de razón, un acto espiritual. La interpretación espiritual que el individuo hace, para Whorf, no es tal interpretación espiritual. Whorf la atribuye a la lengua, es decir, al conocimiento común de una comunidad que, para Whorf, no es histórico sino algo ya dado, aunque éste sea cultural.

El libro tiene una estructura heterogénea. La intención del autor, como ya hemos visto, es analizar el problema de las relaciones lengua-pensamiento. Para ello el autor expone las ideas de Whorf desde tres perspectivas básicas: primero, desde las ideas en sí de dicho pensador (capítulo 1); segundo, desde la interpretación que se suele hacer de las mismas (capítulos 2 y 3); y tercero, desde la estructuración y crítica por el autor de las ideas de Whorf (capítulos 4 y 5).

El capítulo primero tiene una estructuración doble: por un lado expone las ideas de Whorf según aparecen en el libro editado por J. B. Carroll; y por otro, presenta una serie de comentarios en las notas al pie a lo dicho por Whorf. Estos comentarios, por un lado, nos desvelan la intención y el pensamiento del autor, pero, por otro, hacen que el pensamiento del autor aparezca disperso en sí. El hilo conductor es la exposición de las ideas de Whorf. De esta manera el capítulo 1 aparece de forma fragmentada y, por tanto, duro de leer de forma continua. Por otro lado, como esos comentarios están expuestos en las notas al pie de página pueden muy bien pasarse por alto, por lo que la intención del libro no queda así manifiesta. Dado el título y la argumentación en los capítulos 4 y 5 esos comentarios a pie de página son decisivos.

El libro está hecho partiendo de una concepción lingüística muy determinada, la lingüística de Coseriu (cf. página 193) y de una toma de posición por el autor sobre el problema de las relaciones lengua-pensamiento. Desde esta doble perspectiva, Martínez del Castillo explica, comenta y critica la teoría de Whorf, orientando sus críticas hacia el problema central, que es una teoría del conocimiento. Esto requiere una asimilación previa de la teoría de Coseriu y requiere, además, estar familiarizado con los problemas y supuestos de una teoría del conocimiento.

Conceptos como «el hombre que habla», «hablar», «equilibrio externo del hablar», «modo de hablar», «lengua particular», «lengua histórica», «lengua funcional», «lexema», «la lengua como técnica», «comunidad de hablantes», «contenido de conciencia», «sujeto histórico», «objeto o elemento histórico», etc., por un lado, y «selección», «designación», «atribución de una esencia», «determinación», «método a priori», «método a posteriori», «base objetiva del conocimiento», «dato ya dado», «dato cierto», etc., por otro, junto a los términos propios de la teoría de Whorf están siempre presentes. El libro que comentamos, así, es muy específico. La explicación de las ideas de Whorf se hace siempre en interpretación de éstas sobre la base de la lingüística de Coseriu y de una teoría del conocimiento.

Whorf no pone el énfasis en la lengua como actividad. Sí dice que la lengua no sólo es técnica para la expresión sino técnica para segmentar la realidad. Que toda técnica implique una actividad es una deducción cierta. Pero esa expresión se ha de entender como interpretación de la teoría de Whorf, no como lo dicho por Whorf.

Los capítulos 2 y 3 tienen el carácter de exposición y comentario, un carácter más lógico y de más fácil lectura que el capítulo 1. El capítulo 4, *La estructuración de la teoría de Whorf*, es una estructuración crítica de ésta. Y podemos decir que esta estructuración es de las pocas que se han hecho desde una perspectiva lingüística. Las otras estructuraciones que se han hecho¹, aunque se llamen lingüísticas, tienen base etnológica o psicológica. En dicho capítulo Martínez del Castillo deslinda lo lingüístico de lo psicológico; presenta la teoría de Whorf concibiéndola como una teoría del conocimiento, estableciendo un punto de partida y unas realidades derivadas de él. De esta manera define lo que es la lengua para Whorf, y explica los conceptos implícitos a la misma (la metafísica, las categorías lingüísticas, las formas cósmicas); analiza lo que significa la lengua como técnica y conocimiento lingüístico; analiza el funcionamiento de la lengua deteniéndose en lo que define la teoría de Whorf (las modelaciones, la conducta, el pensamiento, y el llamado pensamiento habitual), analiza lo que Whorf refiere como lo oculto y misterioso del lenguaje, el relativismo lingüístico y, por último, el valor que tiene para Whorf el estudio lingüístico.

Este libro sobre Whorf se ha de entender en el contexto en el que ya desde el título lo coloca su autor. Trata del problema de la intelección en Whorf, y este problema «no es más que el problema del pensamiento en su manifestación lingüística» (pág. 193), «problema del hombre que habla» (pág. 200), «problema del conocimiento» (notas 55 y 116), o indistintamente «problema del pensamiento» (notas 56 y 63). Parte de la concepción lingüística de Coseriu, como ya hemos dicho, y de lo que Martínez del Castillo llama el problema de la intelección o proceso de intelección, problema lingüístico de «cómo el hombre llega a transformar lo que le llega a través de los sentidos en lenguaje» (pág. 193), expuesto en una obra anterior (Martínez del Castillo 1999), desarrollado, también, en una obra posterior a ésta (Martínez del Castillo 2002).

La contribución de este libro hay que buscarla en el problema del lenguaje como logos, el planteamiento de un problema que tiene una vigencia intemporal y que se plantee cuando se plantee y desde las lenguas que se plantee siempre es el mismo. Es el problema de «la aprehensión del ser (Coseriu)» (cf. pág. 193).

¹ Bueno será aclarar que Whorf, cuando murió, no había escrito libro alguno, sino sólo artículos, entre los cuales se muestra una cierta evolución de su pensamiento. J. B. Carroll publicó sus artículos por orden cronológico en 1956, y dejó sin publicar el llamado *Yale Report*, escrito en colaboración con G. L. Trager, y que ha sido publicado en Lee 1996.

Para terminar, un comentario sobre la edición. Las citas internas que refieren epígrafes de otros capítulos designan los capítulos con números romanos y el epígrafe con números arábigos. Sin embargo en el libro los capítulos están numerados con números arábigos. Esto, en parte, desorienta al lector. Por otro lado, los epígrafes de los capítulos están numerados de forma independiente, sin referencia al capítulo al que pertenecen. Esto, unido a que tampoco se pone el encabezamiento correspondiente en cada página, hace difícil buscar un epígrafe en el libro.

Y, por último, una pequeña introducción en el capítulo 1, sobre su estructura, ahorraría el tener que volver a la introducción general para saber qué es lo que se trata en él.

En definitiva, un libro muy elaborado, muy detallado, de trabajo impropio, muy ambicioso, y que se define por el contexto en el que lo enclava su autor; un libro que trata sobre la teoría de Whorf pero que ve dicha teoría en función del problema al que ésta responde, en función del problema de las relaciones lengua-pensamiento o problema de la intelección o problema del lenguaje como logos. El acierto del libro es tratar un problema que se ha planteado desde ópticas distintas, y en dar a conocer a Whorf, que planteó dicho problema en términos empíricos y que «pasa como un auténtico desconocido».

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- Coseriu, E. 1985 (1977): *El hombre y su lenguaje: estudios de teoría y metodología lingüística*, Madrid, Gredos.
- Lee, P. 1996: «The Whorf Theory Complex: A critical reconstruction», en Konrad Koerner, E. F. (general ed.), *Amsterdam Studies in the Theory and History of Linguistic Science. Series III - Studies in the History of the Language Sciences*, Amsterdam - Filadelfia, John Benjamins Publishing Company.
- Martínez del Castillo, J. G. 1999: *La intelección, el significado, los adjetivos*, Almería, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Almería.
- 2002: *Significado y conocimiento: la significación de los adjetivos subjetivos*, Serie ἀρχή καὶ λόγος, Granada, Granada lingüística.
- Whorf, B. L. 1995 (1956): *Language, Thought and Reality. Selected Writings of Benjamin Lee Whorf*, Cambridge, Mass., The MIT Press (John B. Carrol, ed.).
- y Trager, G. L. 1996 (1937): «Report on linguistic research in the Department of Anthropology of Yale University for the term sept. 1937-June 1938», Penny Lee 1996, págs. 251-280.

MARÍA DEL MAR MELLADO
I.E.S. Alhadra, Almería

BERGUA CAVERO, J., *Introducción al estudio de los helenismos en español*, Monografías de Filología Griega 15, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2002, 370 págs.

La obra que nos ocupa constituye una guía imprescindible para aquellos estudiosos de la lengua que quieran conocer en profundidad el helenismo léxico en español y su influencia histórica. En palabras del propio autor, el libro pretende mostrar a los helenistas un aspecto descuidado de la historia del griego, al mismo tiempo que ofrece al estudioso de la lengua española una visión general del cultismo en sus aspectos históricos y sincrónicos. Esta obra es, ante todo, un estudio pormenorizado de cada uno de los aspectos lingüísticos que se ven afectados por la incorporación de un helenismo al español, y, como tal, habrá de ser una referencia imprescindible en los trabajos sucesivos dedicados al cultismo griego y un modelo para las futuras obras que traten la incorporación de préstamos al español.

La obra se divide en cinco partes. En la primera de ellas, el autor se ocupa de los aspectos grafémicos del préstamo griego. Su propuesta es que es posible comprender buena parte de las inconsistencias del sistema ortográfico del español a partir de la transliteración de los helenismos. La segunda parte de la obra está dedicada a analizar el influjo del helenismo en la fonética del español, con particular atención a lo que respecta a la fonotáctica y a la asignación de acento. La tercera parte ofrece una clasificación pormenorizada de los helenismos del español a partir de las épocas históricas en las que se incorporan al léxico español y las lenguas que sirvieron de puente para su entrada. Destaca, por el nivel de detalle, la sección dedicada a los helenismos no patrimoniales incorporados a través de las traducciones técnicas árabes. Las dos últimas partes del libro exploran la morfología del helenismo. La cuarta parte se refiere a la adaptación de los helenismos a la flexión categorial del español. El autor se detiene ante todo en el caso de los sustantivos y adjetivos y la adaptación del género en español. La quinta parte, la más extensa, está dedicada a analizar el papel que tienen los morfemas del griego clásico en la creación de palabras del español. En el aspecto derivativo, el autor estudia en secciones diferentes prefijación y sufijación, para pasar después a analizar algunos aspectos de la composición sobre temas griegos; por fin, se señalan aspectos en los que la parasíntesis, el acortamiento, la amalgama y el calco interactúan con los helenismos.

La obra posee un valor inherente en tanto que se refiere a los cultismos, aspecto descuidado de la historia del español, circunstancia esta de la que el autor es consciente y a la que se refiere explícitamente en el prólogo. En este sentido, el estudio de los aspectos ortográficos, que no suele tener un lugar en la descripción histórica de una lengua, es particularmente necesario, en tanto que atañe a la normalización de un lexema tomado de una lengua extranjera y adaptado en distintos momentos históricos a una norma gráfica en evolución.

De igual forma, esta obra tiene un gran valor en el estudio del préstamo lingüístico en general. Es digno de mención el hecho de que el autor se detenga a considerar los sufijos cultos que incorpora el español a partir del griego. Si bien es frecuente mencionar la prefijación culta en los tratados que se refieren al préstamo, no lo es tanto estudiar sistemáticamente la incorporación de los sufijos cultos y la descripción detallada de los valores semánticos que pueden transmitir.

Asimismo, el estudio enriquece la investigación lexicográfica, pues ofrece una fuente de documentación clara y rigurosa que permite reconocer determinados casos de homonimia producidos por la adaptación fonética de los cultismos. Así, gracias a la información contenida en esta obra, el lexicógrafo llega a saber, por ejemplo, que debe recoger tres temas cultos en *mio-* en entradas distintas, ya que proceden de étimos diferentes que significan, respectivamente, 'músculo' —*miocardio*—, 'cerrar' —*miopía*— y 'menos' —*mioceno*—. Asimismo, la información que el autor ofrece acerca de la deriva semántica, a la que se ve sometido un cultismo como fruto de las vicisitudes históricas, permite al lexicógrafo recoger con mayor exactitud el significado que el hablante asocia a una determinada entrada léxica. Tal es el caso de la palabra *policlínica*, que, originariamente, se refería a una clínica para ciudadanos —del griego πόλις, 'ciudad'— y fue interpretada posteriormente como la acumulación de varias especialidades clínicas en el mismo recinto —del griego πολλός, 'muchos'—.

Por último, quisiéramos detenernos para comentar con más detalle el valor que tiene esta obra para el estudio de la morfología del español actual.

Una primera aportación que hace esta obra a la morfología se refiere a la cuestión empírica y teórica de la alomorfia, es decir, aquellos casos en que el análisis morfológico aísla unidades con idénticos significado y distribución, pero con formas a menudo muy distintas. Así, por ejemplo, en un análisis sincrónico encontramos un prefijo *archi-* (*archiduque*, *archifamoso*...) en distribución complementaria con *arqui-*, en palabras como *arquitecto*. La relación que se establece entre estos dos elementos de la lengua es evidente, pero no puede ser captada sobre principios puramente sincrónicos que se abstraigan del hecho de que se trata de un helenismo. Por el contrario, si tenemos en cuenta, como señala el autor, que durante varios siglos un mismo grafema {ch} era empleado para transliterar la velar aspirada sorda del griego y, al tiempo, por influjo del francés, para representar una palatal africana sorda, los datos dejan de resultar problemáticos y pueden explicarse como la confusión entre dos pronunciaciones del mismo dígrafo. Algo parecido sucede con los diversos alomorfos del sufijo sustantivador *-ista*, que incluye las formas *-ata* (*apóstata*, *keniata*, *autócrata*...), *-eta* (*anacoreta*, *masoreta*...), *-(i)ota* (*siciliota*, *chipriota*, *cairola*...), *-euta* (*terapeuta*, *coreuta*...), *-asta* (*iconoclasta*, *gimnasta*, *entusiasta*...) e *-ita* (*cosmopolita*, *hipócrata*...). Sin la información que nos ofrece el autor, el morfológico habría de postular diversos morfemas diferentes —en contra de la intuición del hablante culto, que establece una relación indudable entre ellos— o

bien establecer una alomorfia incomprensible. Ambas soluciones son malas en la medida en que complican innecesariamente el aparato descriptivo de la lengua; de ahí que se haga necesario apoyarse en un estudio histórico que muestre que, en realidad, estos elementos son variantes de un mismo sufijo en interacción con diversos temas vocálicos y consonánticos de la flexión griega.

En segundo lugar, un estudio como este ofrece a la morfología la posibilidad de dar cuenta de forma más exacta de la competencia descriptiva y relacional del hablante culto acerca de ciertas formas del léxico —en particular, de ciertos tecnicismos—. Un hablante culto familiarizado con el léxico técnico de la anatomía advierte una relación semántica y formal entre las palabras *etmoides*, *hioides*, *escafoides*, *tiroides* y *caracoides*, entre otras; sin embargo, en un estudio morfológico sincrónico no es posible dar cuenta de esta relación si no se reconoce la existencia de un sufijo *-oide* que sigue interviniendo hasta hoy en la creación de nuevos términos. Esta obra ofrece las herramientas necesarias para reconocer esta relación y describirla adecuadamente, aproximándonos así algo más a la caracterización de la realidad lingüística.

En tercer y último lugar, como ya adelantábamos antes, la obra presenta una descripción sistemática y completa de los usos semánticos de los prefijos y —lo cual es especialmente valioso por lo infrecuente— de los sufijos de origen griego. Resulta particularmente útil la descripción que el autor ofrece de los sufijos *-ista* e *-ismo*, cuyos valores semánticos, según creemos, no se habían discriminado con precisión en la mayoría de los estudios de morfología sincrónica del español.

Se echa en falta en el conjunto global de la obra, no obstante, un análisis más pormenorizado de la composición sobre temas griegos en español, y, en concreto, una referencia a la posibilidad de formar compuestos híbridos de tema griego y palabra española —italianófono— y un análisis de sus posibles restricciones aplicando las herramientas de análisis que el autor emplea con tanta eficacia en el análisis de la derivación. Asimismo, en ocasiones el lector se hace la pregunta de hasta qué punto cabe considerar helenismo, por ejemplo, una palabra que entra en español a través del árabe, con rasgos inequívocos de arabismo —tal el caso de *albérrchigo* o *alcaparra*—. Aunque el étimo remoto proceda, sin duda, del griego, parece razonable entender estas palabras como helenismos del árabe, pero no del español, donde funcionan y se sienten como arabismos. En este sentido, habría sido deseable que el autor se adelantara a estas preguntas y hubiera hecho explícitos los criterios que maneja para clasificar como helenismo una palabra del español.

En conclusión, creemos que este trabajo, verdadera obra de referencia en el estudio del helenismo, por su claridad y sistematicidad podrá servir de modelo para emprender futuros estudios del préstamo con provecho para la lexicografía, la morfología y los estudios históricos.

ANTONIO FÁBREGAS

UAM / Instituto Universitario Ortega y Gasset

MARTÍN PUENTE, CRISTINA, *Las oraciones concesivas en la prosa clásica*, Monografías de Filología Latina 12, Departamento de Ciencias de la Antigüedad de la Universidad de Zaragoza, 2002, 172 págs.

Abordar un estudio sobre lingüística es una tarea no exenta de riesgos, quizás por tratarse de una ciencia en que la terminología, las múltiples visiones y la materia misma objeto de estudio —el lenguaje— constituyen un conjunto sujeto a cambios constantes, que llevan a menudo a confundir al receptor. Es, pues, muy complejo elaborar un trabajo asequible a todo tipo de lectores, ya sean o no iniciados en el campo de la sintaxis, que no defraude a unos ni siembre la confusión en los otros. La presente monografía —la número 12 de la serie Monografías de Filología Latina editadas por el Departamento de Ciencias de la Antigüedad de Zaragoza— consigue sin embargo este punto medio tan difícil de calibrar; la autora del volumen, Cristina Martín Puente, desarrolla, desde una perspectiva básicamente funcional, un examen completo y ante todo clarificador del sistema de las oraciones concesivas en latín clásico. Emplea para ello los datos de un corpus constituido, como en el título se indica, por autores de época clásica, a saber, César, Cicerón y Salustio; desde el análisis minucioso de los pasajes extraídos de sus obras, la autora trata desde los aspectos más generales, como es el propio concepto de concesividad y las nociones afines a éste, hasta la revisión detallada de cada uno de los empleos de los distintos nexos que introducen este tipo de predicaciones en latín clásico. Pasaré a continuación a describir brevemente los aspectos más relevantes de cada capítulo.

El objetivo que persigue la autora es tratar de mostrar la estructura del sistema de la concesividad en latín como punto de partida para estudiar desde una perspectiva más general este tema, así como para tratar de establecer el porqué de las diferencias entre la poesía y la prosa, aspecto que aún no ha sido justificado. En primer lugar se define en términos generales qué es una oración concesiva, que la mayoría de las gramáticas describen como «aquella que supone un obstáculo para la realización del hecho expresado por la oración principal, el cual, sin embargo, no logra impedir que dicha realización se vea confirmada» (pág. 22). En este punto se señalan las semejanzas entre las concesivas y las adversativas —que comparten la oposición y el contraste entre dos tipos de oraciones—; sin embargo, existen diferencias de carácter sintáctico y pragmático entre ellas, por ser la construcción concesiva más compleja cognitivamente (pág. 23). Como criterio distintivo, se menciona la posibilidad de enfatizar bien el argumento débil, que posibilita la expresión concesiva, bien el argumento fuerte, lo que da lugar a la estructura adversativa.

No menos relevante es la distinción entre concesividad gramatical, aquella oración introducida por una marca que expresa esta idea, y la concesividad contextual; ésta se fundamenta en la existencia de determinadas construcciones en las que, a pesar de que no aparece ningún conector que marque esta relación, se puede colegir una idea concesiva. Se destaca en este sentido el concepto de implicatura, en con-

creto de la conversacional, entendida como lo que percibe un receptor en dependencia de un contexto específico y no de la expresión lingüística. Alguna de las construcciones que sugieren este matiz son, por ejemplo, las oraciones de relativo indefinido, las introducidas por *si*, o el caso de algunos adverbios y partículas que confieren a la predicción una idea concesiva (*sane, fac, tamen...*). Aunque se refleja en los ejemplos que aporta la autora, en mi opinión habría sido útil incluir qué se entiende por implicatura, así como las distintas variedades de ésta, ya que es un término que se menciona con cierta frecuencia a lo largo del trabajo.

Como paso previo al estudio, se establece la necesidad de distinguir entre dos tipos de oraciones concesivas, las reales y las hipotéticas —una distinción que, según los datos de la autora, no ha sido pertinente en muchos estudios sobre el tema—. En este sentido, tanto el término introductor de la oración como el modo de la forma verbal son determinantes para clasificarlas dentro de uno u otro tipo.

El primer tipo de predicciones que se estudian son las introducidas por la conjunción *quamquam*, cuyo origen se sitúa en la lengua hablada debido a la geminación del adverbio relativo indefinido *quam*. La autora señala que esta partícula puede introducir tanto subordinadas concesivas como un tipo de oraciones que ella denomina correctivas. Este tipo de predicciones matizan en algún sentido y con diferentes grados de intensidad un término o un enunciado, por lo que la función que desempeñan no es la de conjunción subordinante sino la de conector de oraciones independientes. Suelen tener unas características peculiares, por ejemplo no restringen el modo del verbo, repiten en muchas ocasiones conceptos de la oración precedente y es frecuente la aparición tras ellas de una oración explicativa. Esta caracterización pragmática invalida los postulados de la mayoría de las gramáticas, que clasificaba este tipo de predicciones como concesivas sin apódosis.

Quamquam como conjunción subordinante concesiva introduce predicciones reales —con el verbo normalmente en indicativo— que refuerzan la afirmación de la apódosis, aunque la relación entre los dos miembros de la estructura es difícil de percibir; esto justifica la frecuente aparición de *tamen* en la apódosis.

Las tablas muestran la frecuencia de aparición de los dos tipos de *quamquam*, frecuencia que varía en función del tipo de texto: si se trata de un texto más argumentativo, el significado correctivo prevalece frente al concesivo, más común en los textos narrativos.

El siguiente tipo de oraciones que se estudian son las introducidas por *quamuis*, conjunción que, a pesar de haber sido tradicionalmente relacionada con *quamquam*, no comparte tantos rasgos comunes, y de hecho la autora demuestra que los contextos distribucionales en que se encuentran son diferentes. Se trata en origen de una locución adverbial que pasó posteriormente a desempeñar las funciones de una conjunción, lo que explica algunos de los usos que se comentan; de hecho su proceso de gramaticalización ha suscitado diversas teorías para explicar el paso de la aparición en construcciones paratáticas a periodos hipotáticos.

Su uso como adverbio indefinido es el más frecuente en latín clásico, siendo además el único valor que aparece en César, Salustio y Livio y el más empleado en Cicerón; normalmente se refiere a un término de la predicación, adquiriendo en determinados contextos sentido concesivo, pero puede encontrarse también modificando a un adjetivo o adverbio por medio del verbo *sum*; es en estos casos cuando se refiere a toda la predicación. Cuando no acompaña a adjetivos o adverbios suele modificar el núcleo de la predicación, contextos que propician su reanálisis como conjunción concesiva.

En función de conjunción concesiva, *quamuís* expresa la idea de que «a pesar de la cantidad o intensidad en que algo se da o la importancia de un hecho como argumento para que se produzca una consecuencia, finalmente el hecho no tiene la consecuencia esperable» (pág. 92); este significado intensificador no se pierde en el paso de adverbio indefinido a conjunción, es más, Cicerón, el único que emplea *quamuís* como subordinante, lo aprovecha al máximo para precisar la concesividad que quiere expresar. El modo verbal en este tipo de oraciones es el subjuntivo, así el emisor no se compromete con la veracidad extralingüística de la predicación.

A continuación se revisan los usos de un grupo de conjunciones con muchas características comunes, *etsi*, *tametsi* y *tamenetsi*. Todas ellas comparten un origen morfológico similar —unión a *et* y a la conjunción condicional *si*— y a pesar de su empleo como concesivas. Según la autora en principio sólo introducían objeciones supuestas. Común es también la aparición del verbo en subjuntivo así como de la partícula *tamen* (o sus compuestos) en la oración principal. *Tamenetsi* no tiene productividad en latín clásico; lo más probable es que se trate de una reinterpretación de los editores y estudiosos de la secuencia *tamen*(,) *etsi*: de hecho la autora encuentra un ejemplo de Ennio con muchos problemas textuales.

Las concesivas introducidas por *etsi* y *tametsi* —conjunciones que a la vista de los datos parecen equivalentes— refuerzan y enfatizan la predicación que sigue; por otro lado, también expresan un valor correctivo, al igual que sucedía con *quamquam*, y eliminan la consecuencia lógica que podría haberse extraído de la predicación anterior. La distribución por obras que se refleja en la tabla de datos muestra que de nuevo es el tipo de obra lo que justifica el predominio de una u otra función. Por otro lado, como concesivas, introducen oraciones reales, y no parece que exista ninguna diferencia significativa entre ambas que no responda al gusto de cada autor.

Para finalizar el capítulo, la autora señala que pese al origen distinto de *quamquam*, *etsi* y *tametsi*, parece que las tres confluyen en uso y distribución sintáctica. Cabe preguntarse quizás por qué el estudio de estas conjunciones está tan espaciado en el manual, cuando muchos de los aspectos tratados son comunes a todas ellas, como dice la misma autora.

El último apartado del manual está dedicado a *etiam si*, formada por *etiam* —un adverbio inclusivo— y por *si*, conjunción condicional. La comparación con el fun-

cionamiento de las otras conjunciones permite deducir a la autora que las subordinadas introducidas por estas partículas son concesivas hipotéticas: no pueden desempeñar la función de las concesivas reales ni de las correctivas. Asimismo es importante tener en cuenta que cada uno de los elementos que forman la perífrasis tienen una función propia, *etiam* como partícula focal inclusiva y *si* como conjunción, y que con la predicación que introducen refuerzan la oración principal. Su carácter hipotético no depende del modo verbal.

El trabajo se completa con unas conclusiones que resumen las obtenidas en los capítulos anteriores y con una tabla de datos globales, así como un índice de pasajes citados y una bibliografía actualizada.

Hay dos aspectos del estudio que, en mi opinión, merecería la pena destacar; el primero de ellos es la riqueza de los datos expuestos en el trabajo, lo que considero que hace posible validar las conclusiones de carácter general. En segundo lugar, es notable la claridad de la exposición, algo que sin duda facilita la lectura del manual y lo hace asequible a cualquier lector no iniciado en el campo de la sintaxis, una rama de la lingüística de la que aún quedan muchas cosas que decir.

PATRICIA SANTOS GUZMÁN
Universidad Complutense de Madrid